

SEGUNDA PARTE
DE LA RENEGADA DE VALLADOLID.

Valladolid



VIDA, Y PENITENCIA, QUE EN EL MONTE ARSANIO,
junto à Roma, hizo una muger natural de Valladolid, la qual
havia sido renegada en Argel; y como convirtió à dos hijos
suyos, sin conocer los hijos à la madre: y su
buen fin.

Dios Padre, Rey Sempiterno,
sea quien siempre me ampa-
Dios hijo me dè gobierno, (re,
y el Sacro Espiritu Eterno
ponga luz donde faltare:
Quien la paz, y vencimiento
traxo al mundo por victoria,
alumbre mi entendimiento,
mi lengua, gracia, y aliento,
mi pluma, plana, y memoria;
Con su ayudã singular
estará seguro, y cierto,
que podrè bien negociar,
y segurãmente entrar
por la barra estrecha al puerto.
Pues, Princesa de la Gloria,
Barra segura, que dais
al alma puerto, y victoria,

por

por la barra de mi historia
me sigo, si me guiais.

COMIENZA LA OBRA.

Tiempos yà que nos dexemos
del vicio malo pendiente,
pues con vicios nos perdemos,
y nuevo exemplo tomemos
de una muger penitente.
En Valladolid nacida
fue esta bienaventurada,
de sus padres muy querida,
y por enmendar su vida,
es de Jesu Christo amada.
Vereis, que por la riqueza,
y vicios negò al Señor,
y con quanta fortaleza
de Fè, y divina firmeza
tornò à buscar su Pastor.
Vereis la que se vestia
de seda, y finos colores,
diferentes cada dia,
y en rica cama dormia
de muy suaves olores,
como recordò del sueño,
y procura nueva luz,
y con dolor no pequeño
busca su perfecto Dueño,
que murió por ella en Cruz.
Vereis como al mundo olvida,
hijos, marido, y hacienda,
con Fè viva arrepentida
vã à buscar el Pan de vida,
con propositos de enmienda.

Vereis quien sirviò à Mahoma
veinte y seis años cabales,
como al Señor buelve, y toma
el camino para Roma,
por penitenciar sus males.
Vereis quien vivido havia
tantos años al revès,
y tanto fausto tenia,
que yà descalza venia
corriendo sangre los pies.
Vereis quien se regalaba
con buenas conservas finas,
que con yervas se passaba,
y desnuda se acostaba
entre las duras espinas.
Vereis, que como se viò
en Roma, puerto seguro,
la tierra santa besò,
y à Dios mil gracias le diò
con entrañable amor puro.
Y como en San Pedro entrà
gimiendo su grande error,
en un rincon se sentaba,
que de verguenza no ossaba
mirar al Altar mayor.
Su boca en tierra pegò,
y suspirando entre si,
à JESUS perdon pidió,
y nueve horas llorò
sin levantarse de alli.
Por la fiesta celebrada
de Maria Magdalena
fue del Papa perdonada,
y tambien reconciliada
esta muger santa, y buena.

Y despues de recibir
à JESUS, Rey Soberano,
que hace las almas vivir,
se fue luego à despedir
del Sacerdote su hermano.
Dixo la Dueña prudente:
Melchor de Salcedo, hermano,
yà quiso Dios Soberano,
que me limpiasse en la Fuente,
que dà salud al Christiano.
Estos dias, que tassados,
me diò Dios por su clemencia,
los quales estàn contados,
quiero que sean gastados
en ayuno, y penitencia.
He menester prestamente
arrojar de mi la carga,
con que el alma pena, y siente,
pues esta vida presente
es breve, y essotra larga.
El Sacerdote sentia
con esto pena, y pesar,
y à su hermana la decia,
que por que no se queria
bolver à su natural?
Pues sabe, que es tan copiosa
Valladolid, y cumplida,
de todo bien abundosa,
vida alegre, y deleytosa,
y sobre todo escogida.
Ella dixo: No se aplaca
con el deleyte la pena,
sin gustar de la triaca,
que gustaron la Egypciaca,
y Maria Magdalena:

Mi intencion es habitar
por el aspero desierto,
y este mi cuerpo domar,
hasta hacerle bien pagar
el mal que tiene encubierto:
Al tiempo de despedir
vereis la lamentacion,
el suspirar, y gemir,
el abrazarse, y decir
palabras de triste sòn.
El Clerigo procurò
luego un baxel en el Puerto,
en que à España se partiò,
y la hermana caminò
para el aspero desierto.
Veinte y una legua fue
desde Roma al Monte Arsanio,
do padeciò hambre, y sed,
y siempre puesta su Fè
en JESUS, Rey Soberano.
Por la mayor espesura
inhabitable se entrò,
muy à spera, seca, y dura,
por do humana criatura
jamàs passò, ni habitò.
El vestido se quitaba,
que se le hacia enfadoso,
en carnes vivas quedaba,
tanto, que no covijaba
mas que el lugar vergonzoso.
Este vestido tenia
guardado en cierto lugar,
que nunca se lo vestia,
hasta que à Roma venia,
cada año à comulgar.

Su cuerpo continuo andaba
sujeto al frio , y al viento;
el roxo Sol la abrasaba,
y con yerbas se passaba,
sin otro mantenimiento.
En las rodillas tenia
asperos callos de estar
en oracion noche , y dia,
y las espaldas traia
asperas de se azotar.
El pecho muy lastimado,
la carne negra , tostada,
el rostro desemejado,
muy enjuto , y arrugado,
como cosa traspasada:
Y sus cabellos preciados
de odorifico color,
que andaban muy enrizados,
tenia diferenciados
del ayre , frio , y calor.
Los ojos tenia sumidos,
y sus labios delicados
muy asperos , y cortados;
y sus pies antes pulidos,
abiertos , y ensangrentados.
La Semana Santa entraba
en Roma con humildad,
confessaba , y comulgaba,
y los vestidos llevaba
solo por honestidad:
Y despues que aposentaba
en sì tan ricos Tesoros,
al desierto se tornaba,
y à nuestro Señor rogaba
por aquellos hijos Moros:

Que como viò , que quedaron
Mores , sin conocimiento
de Fè , que no la alcanzaron,
ni en ella les enseñaron,
sentia mucho tormento.
Y puestas entrambas manos,
rogò à JESUS , que en la Cruz
padeziò por los humanos,
que los hiciesse Christianos,
guiandolos con su luz.
Dando por ellos gemidos,
rindiòla el sueño , y oyò:
Vè por tus hijos queridos,
que seràn favorecidos
del Señor , que los criò:
No temas en la partida,
que de enemigos malignos
no te veràs perseguida,
ni allà seràs conocida
de tus hijos , ni vecinos.
Como recordò , y pensò
en lo que soñado havia,
del desierto se saliò,
adonde penitenció
ocho años con agonía.
Con lágrimas se despide
del desierto do habitaba;
y por merced à Dios pide,
que en ningun tiempo la olvide,
pues à èl se encomendaba.
Ochocientas leguas fue
entre Moros , do passò
hambre , trabajos , y sed,
por enriquecer con Fè
à dos hijos que parió.

Como Dios quiso que viera
à sus dos hijos amados,
llorando entre si dixera:
Ay, hijos; quien os tuvièra
dentro en Roma bautizados!
Como en casa entrar los viò
la madre, noble, y prudente,
asegurar los dexò,
y limosna les pidiò,
diciendoles humildemente:
Cavalleros, consolad
à esta necesitada,
assi la consuele Alà
à vuestra madre, que està
por vosotros bien penada.
El mayor hablò muy triste,
que mas claro lo entendìò,
y la preguntò: Tú viste
algun tiempo, ò conociste
la madre que nos pariò?
Ella dixo: Bien la vi,
y os podrè dâr nuevas de ella,
y os prometo, y digo assi,
que mejor la conocì,
que no vosotros à ella:
Los dos hermanos lloraron,
viendo à su madre nombrar,
porque en extremo la amaron,
y en un retrete la entraron,
donde la hicieron sentar.
En medio de ellos tenian,
haciendo llanto sobrado,
la cosa que mas querian,
aunque no la conocian,
como se ha desemejado.

Dixeron con pena triste:
La madre que nos pariò,
en donde la conociste,
ò quanto hà que la viste,
despues que de acà partiò?
Dixo: Yo la conocì,
quando Agueda se decia
de Azevedo, mas naci
quando ella, en Valladolid,
en su mismo tiempo, y dias;
y tanto amor la cèbrè,
que quando vino à Bugìa,
la servi, y acompañè,
y quando ella cautivè,
por la desventura mia.
Y el dia que se casò
con Idaxar vuestro padre,
el mismo que os engendrò,
en las bodas me hallè yo
con Adaxar vuestra madre.
Mucho descados fuisteis
de la madre que os pariò,
que es la que tanto quisisteis;
y aun al tiempo que nacisteis,
mancebos, no dormia yo;
porque de mi se fiaban
en sus partos dolorosos,
à su cama me llevaban,
y en su casa me hospedaban
muy alegres, y gozosos.
A entrambos os sustentè;
quando os vi me acordaba
de dos hijos que criè;
y os prometo por mi Fe,
que mi propia leche os daba:

Decian con dolor triste,
y con lagrimas bañados:
Madre, pues que nos pariste;
por qué causa aborreciste
estos hijos desdichados?
Si la Secta Turquesana
desechaste, madre nuestra,
fuéramos de buena gana
à recibir Fè Christiana,
en la compañía vuestra.
Qué es la causa que olvidais,
à quien con dolor paristeis?
Siquiera nó os acordais,
aunque mas cruel seais,
que en el vientre nos traxisteis?
Y si quisisteis dexarnos
para ir al Christianismo,
embiarades à llamarnos,
que fuéramos, por lavarnos
en el Divino Bautismo.
Doce esclavos, que venian
del campo de trabajar,
y à dos que en casa tenian,
los dos hermanos decian,
qué se fuessen à cenar.
Harto decia, y porfiaba
para poderse escusar
del nombre que se le daba,
y en lagrimas se bañaba
viendo a sus hijos llorar.
Bolvieronla à preguntar
si de su madre sabia;
y ella dixo: Sossegar
podeis, porque os quiero dar
unas nuevas de alegría.

No esteis tan apasionados,
que en sossegando la casa,
y que estén yà sossegados,
os contare, mis amados,
toda la verdad que passa.
Muy buena cena tenian,
y no hay manjar que les quadre,
que todo lo aborrecian
con deseo que tenian,
de saber yà de su madre.
Como cenar no pudiesen
de pena su madre, y ellos,
mandaron, que se la hiciesse
una cama do durmieffe
emparejada con ellos.
Como no era acostumbrada
dormir en lienzo delgado,
ni cama apartamentada,
no quiso la dueña honrada
mas que un cabezal doblado.
Despues de se encomendar
à Dios, que es Supremo Padre,
comenzò luego de hablar
con sus hijos, y les dà
nuevas de su buena madre,
diciendo: No tengais pena,
ni sintais afligimiento,
que vuestra madre està buena,
de tantas riquezas llena,
que no hay numero, ni cuento:
Y à tanto llega su honor,
que espera presto un dictado
de incomparable valor,
del mas Supremo Señor,
que en el mundo se ha hallado.

En Roma la vide buena,
firme en la Divina Fè,
de vicios malos agena,
que esta santa Quarentena
con ella estuve, y hablè.
No comia, ni bebia,
si primero no lloraba
por dos hijos que tenia
metidos acà en Turquìa,
porque mucho los amaba:
Y como yo me doliesse
del cruel llanto que hacia,
la supliqué os escribiesse,
y que por cierto tuviesse,
que yo la carta os darìa.
Siempre socorrida fui
de Dios, que es Celestial Padre;
una carta traygo aqui,
ved si conocéis ahì
la firma de vuestra madre:
Despues que la desplegaron,
y la letra conocieron,
muchas veces la besaron,
y à llorar comenzaron
del contento que tuvieron.
Muchas veces la leian,
sin sueño les apremiar,
y à la muger la decian,
de què manera podian
seguros en Roma entrar.
Dixo la madre: Tomad
los esclavos que teneis,
ropa Turquesca les dad,
y otros quatro comprad,
que menester los habreis.

Al punto con brio irèmos,
viendo la noche cerrar,
que à seis millas le tenemos,
y un vergantín aprestemos
de los que van à pescar.
El su consejo tomaron
por bueno, y secretamente
bastimento aparejaron.
y quatro esclavos compraron,
gente moza, y diligente.
Todos fueron avisados
de su bien, y libertad;
y assi una noche, cargados
de bastimentos, y armados,
marcharon con brevedad.
De noche Barcos hallaron,
un Vergantín excelente,
listos al ferro zarparon,
y sin temor se embarcaron
todos veinte prestamente.
Tanta ventura tuvieron,
que por su buen navegar,
y un Piloto que traxeron,
en treinta y seis dias fueron
à Roma à desembarcar:
Y siendo desembarcados,
la buena dueña habló
con sus hijos deseados,
diciendo: Hijos amados;
veis aqui la que os parió:
Abrazadme, veisme aqui,
no esteis como elevados,
que yo soy la que os parí,
y la que leche os di,
con la que fuisteis criados.

Yo soy quien siempre ha rogado
à Dios, y nuestra Señora,
qué es la Virgen sin pecado,
os pusiésse en el estado,
de la Fé, que veis ahora.
Maravillados estaban
de lo que la madre habló;
ambos hijos la miraban,
mas no se determinaban,
si fuesse su madre, ò no.
Sepas, hermano una cosa,
(el hijo mayor habló:)
si es nuestra madre piadosa,
ha de tener una rosa
en los pechos como yo.
Los dos hijos la apartaron,
y el pecho la descubrieron:
como la rosa la hallaron,
con mucho amor la abrazaron
quando ya la conocieron.
Los llantos quiero dexar,
que entonces se acrecentaron
de gozo, y no de pesar;
y assi quiero declarar
el como se bautizaron.
Como el Papa conoció
ser firme, y bueno su intento,
Bautismo les concedió,
y un Obispo se le dió;
con gran musica, y contento.
Siendo en Bautismo lavados,
al Papa los pies besaron,
y entre el Papa, y los Prelados
mas de veinte mil ducados
de limosna les juntaron.

En Santa Clara se entró
la madre, segun es cierto,
que de cansada enfermó,
y tambien como pasó
gran trabajo en el desierto.
Queriendola Dios llevar
à su Reyno Soberano,
mandó à sus hijos llamar,
porque les queria dar
la bendicion de su mano.
Y despues que se la dió,
y ellos besaron sus manos,
con amor los abrazó,
y mucho les encargó,
que fuessen buenos Christianos.
Noche propia que nació
nuestro Redemptor Glorioso,
de ochenta y seis, que passo,
su Anima presentó
à Jesu Christo piadoso.
Un olor, que confortaba,
del cuerpo santo salia;
gran resplandor le cercaba,
y su vida predicaba
quien de confession la oía,
que era à quien descubria
la dueña su corazon,
nueve años mas havia:
y assi, su vida, decia,
predicaba en el Sermon:
De donde havemos sacado
esta deleytosa historia:
plegue à mi Dios Consagrado,
que nos sirva de dechado
para conseguir la Gloria.